

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID

Pesetas.

| | |
|-----------------|------|
| Mes | 1 |
| Trimestre | 2.50 |
| Semestre | 5 |
| Año | 10 |

PROVINCIAS

| | |
|-----------------------------|---------|
| Tres meses | 3 |
| Ses | 5.50 |
| Año | 10 |
| Extranjero y Ultramar | 8 pesos |

CORRESPONSALES

| | |
|------------------|------|
| 26 números | 2.50 |
|------------------|------|

NÚMERO CORRIENTE

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libros y comisiones recibidas por las suscripciones que bagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe. Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 8. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.

PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

PRELIMINARES

Madrid 24 de Agosto de 1891.

Sr. D. Enrique Vera, director de *La República*.

Mi distinguido amigo: Estoy avergonzado del giro que algunos zorrillistas han dado á la cuestión surgida con motivo de la publicación del manifiesto del marqués de Santa Marta. No palabras duras y enérgicas, no argumentos ni razones emplean para combatirlo, sino que apelan al chisme, á la frase punzante, al insulto procaz, cual si quisieran vengarse de sí propios por las exageradas alabanzas que ayer le prodigaron. Prescindiendo de toda clase de miramientos, y olvidados de lo que la conveniencia política aconseja, llegan hasta esgrimir armas de mala ley, sin advertir que se vuelven contra ellos.

El manifiesto, como usted muy bien sabe, no tenía mas pretensión que dar pretexto para fijar actitudes dentro de la política revolucionaria; tal confusión se había introducido en ella desde el paréntesis del Sr. Zorrilla. No se trataba de disputar á nadie la jefatura—¡buenas andan las tales jefaturas para apetecerlas!—ni menos de atacar á nadie. ¿Por qué, pues, se soliviantaron los zorrillistas y se lanzaron por un camino en que no debemos seguirles, aunque bien pudiéramos? ¿Qué hay en el fondo de todo esto?

Dejando aparte detalles pequeños que favorecen bien poco á quien los utiliza, no hay mas que lo siguiente:

El Sr. Ruiz Zorrilla estaba en situación harto deplorable cuando Santa Marta inició la coalición, y adhirióse al pensamiento, no sólo por lo que de ella pudiera premeterse, sino por salir de aquella atonía mortal. Antes y después de celebrarse la Asamblea pidió apoyo y lo obtuvo, si bien los elementos con que contaba antes, según decía, no resultaron después de obtenerlo.

En el banquete que el marqués dió á los emigrados en París, dijo pública y textualmente el Sr. Ruiz Zorrilla: «Si en todo el mes de Octubre no se hace un movimiento revolucionario, tendrán razón Salmerón y la minoría, y nosotros tendremos el deber de confesarlo honradamente.»

Pasó el plazo fijado sin hacer nada, y se aproximaron las elecciones; y aquí voy á rebatir uno de los argumentos que los zorrillistas hacen para probar que Santa Marta se separó de la coalición al publicar su manifiesto de 31 de Diciembre renunciando á su candidatura.

Cuando se pactó la coalición, nadie creía que pudieran llegar las elecciones sin haberse realizado un movimiento; y si se consignó en la base 3.ª la lucha legal, fué únicamente, y esto lo saben todos los representantes, por transigir con el Sr. Salmerón y sus amigos, y también por impedir que el gobierno disolviera la Asamblea, como lo hubiera hecho si acuerda exclusivamente la lucha revolucionaria.

Pero como Octubre pasó, y nada se hizo, y pasó Noviembre, y pasó Diciembre, el marqués, recordando las palabras del banquete, y viendo que los zorrillistas, tan intransigentes en la Asamblea con el Sr. Salmerón porque posponía la lucha revolucionaria á la legal, se aprestaban ahora á ésta con gran empeño, sin reparar en trabajos ni en gastos, y riñendo entre sí terribles batallas por cuestión de candidaturas, el marqués, repito, se retiró del palenque para llamarlos á la realidad y recordarles indirectamente que el pueblo no se había entusiasma-

do con la coalición por tener el gusto de elegir unos cuantos diputados.

Si alguna vez hubiera yo dudado de la oportunidad de aquel manifiesto, habríame convencido de que la tuvo grande al ver las añagazas que se emplearon y los disgustos que produjeron las dichas elecciones. Por cierto que, al hablar de ellas, acude á mi memoria un episodio que, si algún día me veo obligado á referir, patentizará que no son leales todos los personajes que de serlo blasonan.

Vino más tarde aquello del acta arrojada por el Sr. Ruiz Zorrilla en las calles de Barcelona, para tener que bajarse después á recogerla; y la campaña de *El País* en favor de los conservadores; y las carocas al Sr. Martos; y las afirmaciones de que el señor Ruiz Zorrilla podía venir á España si se concediera la amnistía y se votasen el sufragio universal y la revisión constitucional; y al poco tiempo, convicto de impotencia, y no queriendo seguir agitando en el vacío (textual), citó el Sr. Zorrilla á sus amigos en Biarritz y abrió el paréntesis.

Concertóse luego la coalición parlamentaria, sin aludir siquiera al procedimiento revolucionario; aceptaron los emigrados la amnistía después de haberla anatematizado y despreciado los diputados y la prensa del partido; y cátanos á to los llenos de dudas, sin saber cuál era la actitud del Sr. Zorrilla, y abrumados de recelos.

A poner en claro la situación se encaminó únicamente el manifiesto de Santa Marta, y ¡aquí de Dios que desbancan á Zorrilla! Saltando por cima de todas las conveniencias y olvidándose de todos los respetos, los prohombres del zorrillismo, cual si llevasen manando sangre todavía alguna herida recientemente abierta en el costado, levantaron pendón llamando á la guerra santa, y comenzaron á eructar acres protestas, y dijeron lo que debían callar, desahogando de este modo la ira que contra ellos mismos debían sentir por la situación desairada, falsa, indefinida é insostenible en que habían colocado á su partido. Y todavía me hubiera explicado que se desataran los que, como el Sr. Llano y Peral, se enteran de lo que ocurre por terceras ó cuartas referencias; pero no los que están en el secreto y saben que ciertos incidentes no han debido tocarlos por consideración á su jefe.

Lo más extraño en esta cuestión, para todo aquel que la examina imparcialmente, es que los zorrillistas se hayan exasperado porque Santa Marta afirmó lo que siempre afirmó Ruiz Zorrilla: la protesta permanente y la lucha revolucionaria; á menos que hayan obtenido patente de invención por estas ideas, y consideren como falsificadores á todos los que las repitan.

Mas mírese la cuestión como se quiera, resultará que los zorrillistas la han colocado en mal terreno, con gran regocijo de los conservadores, á quienes, con voluntad ó sin ella, han ayudado siempre, lo mismo el 5 de Agosto de 1883, que el 19 de Septiembre de 1886, que abriendo el paréntesis, que aceptando la amnistía, cual si el odio personal á Sagasta pudiera más en ellos que el amor á la revolución.

Por lo demás, declaro que no me sorprende lo que le ocurre á Santa Marta. Por lógica ó por ley fatal, ocurrioles lo mismo á cuantos en distintas épocas se acercaron á Zorrilla. Cuando leo las valiosas firmas puestas al pie del manifiesto de Londres, me pregunto:—¿Qué le queda al Sr. Zorrilla de todo esto?—y me respondo: «muy poco; casi nada.» Y suponer que todos aquellos hombres, y los

que después se le acercaron, fueron traidores, sería una insensatez; y que todos trataron de sobreponérsele, una inocentada. Más bien podría decirse que todos se pusieron á su lado llenos de los mejores deseos y dispuestos á someterse á su voluntad, pero que lo conocieron y se apartaron de él. Y no puede admitirse que todos lo hicieran por medrar con la monarquía, pues se tropieza por ahí con muchos que siguen fieles á la idea revolucionaria, pobres, olvidados, y sin la esperanza siquiera de que mañana les agradezcan sus sacrificios.

Si; no parece sino que una fatalidad inexorable persiguió siempre á los hombres que se acercaron al Sr. Ruiz Zorrilla. El que fué con prestigio, lo perdió; el que con fuerzas, se las quitaron; el que con dinero, lo vió mermado. Mientras se sometían á sus exigencias, los suyos los ponían aquí en las nubes; cuanto se resistían, ó se cansaban, ó no podían, los calumniaban; y el que no sacaba la nota de cobarde, salía agraciado con el dictado de polizonte. De independencia no hablemos: todo el que ha incurrido en la rara manía de no rendirle culto ha sido inmediatamente excomulgado. Algunos se han anticipado á excomulgar, aunque pocos. Yo conozco uno.

Y en tanto que esto ocurría, algunos aquí y yo el primero, y el más constante, y el más intransigente juzgando con dureza á los demás jefes para que el Sr. Ruiz Zorrilla destacase; disculpando sus desciertos, convirtiendo en méritos sus faltas. Sus fracasos revolucionarios no se debían nunca á su imprevisión ni á su impericia, sino á las cobardías y á las traiciones de los demás; y ha sido necesario que él se haya arrojado de cabeza del pedestal que le habíamos levantado para que yo me resigné á confesarlo.

El pueblo, el honrado y valiente pueblo que cuenta con hombres del temple de los que intentaron últimamente tomar el cuartel del Buen Suceso en Barcelona, nunca ha sido llamado por el Sr. Ruiz Zorrilla; pero se le ha entretenido con lo de: «El mes próximo... la semana que viene... tal día... á tal hora...» Y así se han pasado diecisiete años, sin producir mas que dos movimientos militares: el del 83 y el del 86. ¿Qué diferencia entre estos tiempos y aquellos otros en que desde Enero del 66 hasta Septiembre del 68 se levantaron dos regimientos en Villarejo de Salvanés, se sublevaron los artilleros en Madrid, se dió la acción de Llinás de Marcuello y se triunfó en Alcolea! Es verdad que, exceptuando en el primero, el pueblo tomó parte activa en todos los movimientos, y el Sr. Ruiz Zorrilla no ha querido nunca utilizar al pueblo, contentándose con preparar insurrecciones militares que, en caso de triunfar, diesen la supremacía á su partido. Y, no hay que darle vueltas: movimiento revolucionario en que el pueblo no tome parte, movimiento vencido ó ineficaz.

Mas como el no tener elementos para hacer la revolución no es un crimen, ni el haberse equivocado tantas veces tampoco, el Sr. Ruiz Zorrilla tendrá siempre derecho á la consideración de los republicanos, sobre todo si sus partidarios no se empeñan en continuar presentándolo como impecable á la admiración de las gentes.

Lo triste es que sobre estas disputas, estos ataques, estas injusticias, estas desesperaciones, estas hidrofobias, hay un hecho que apenas, pero que se impone brutalmente: la terminación de una leyenda. El Sr. Ruiz Zorrilla tenaz, inflexible, consecuente, que no entraría en España mientras la gobernase un Borbón y que en su testamento prohibía que trajeran su



D. Gumersindo Azcárate.

cadáver mientras no desapareciera la dinastía, ha sido sustituido por el Sr. Ruiz Zorrilla que flaquea, que vacila, que abre paréntesis, que pone condiciones para venir, que es, en fin, uno de tantos, en vez de ser el único.

Si continúa por esta senda; si no enarbola otra vez con valentía la bandera revolucionaria; si no renuncia a dirigirlo todo desde París; y si, en caso de estallar un movimiento, no se pone al frente, el Sr. Zorrilla está perdido, y todos lloraremos un gran prestigio muerto, una ardiente esperanza desvanecida, unos constantes esfuerzos malogrados; mas no le guardaremos rencor ni le recriminaremos por eso, pues quizás no fuera suya toda la culpa, sino de los que, ansiosos del triunfo de la revolución, hemos vinculado en su persona los rasgos y cualidades que debe tener el hombre que la simbolice. Quijotes de la República, acaso hayamos podido ver a Dulcinea en la tosea aldeana del Toboso.

Pero si esto ocurriera, no por esto el pueblo republicano había de desmayar; buscaría otro hombre que lo dirigiera a la conquista de sus ideales, que no sería el marqués de Santa Marta, porque éste sólo quiere representar el papel que desde su entrada en la vida pública eligió: el de auxiliar en lo que pueda al que trabaje por el triunfo de la República, sea quien fuere; papel que nunca ha pretendido trocar por otro.

Y una vez encontrado ese hombre, el pueblo le ayudaría, y se desviviría por demostrarle que no lo comprendió ni supo lo que valía el político que sistemáticamente prescindió de él.

Por las razones apuntadas, y por otras que no digo, creo, amigo Vera, que no debemos descender, á menos que el derecho de defensa nos lo exigiera, al terreno en que los prohombres del zorrillismo han colocado la cuestión; y que, para evitarlo, debemos desoir las sugerencias del amor propio y permanecer serenos en este caos de pequeneces y miserias.

Si usted opina lo mismo, creará que ha acertado en esta ocasión su afectísimo amigo y compañero,

JOSÉ NAKENS.

FRENTE A FRENTE

Recabo la gloria ó la responsabilidad, lo que resulte, de haber contribuido á la publicación del manifiesto que ha venido á fijar la política republicana.

Llegó para el Sr. Zorrilla, como para todo político, la hora de ver sus actos discutidos, y por cierto que no puede quejarse de que se haya anticipado: diecisiete años há que comenzó á ser una esperanza para la causa revolucionaria, y habrían pasado treinta sin que se le dijera una palabra de censura á no haberle visto dudar primero, flaquear después, y abrir el paréntesis más tarde.

Y no vale disculparle ahora diciendo que abrió el paréntesis para que los republicanos se convencieran de que la evolución es imposible: pues si el gobierno hubiera sido más generoso al conceder la amnistía (que acaso no lo fué por saber de antemano que había de ser aceptada en la forma que la dió), y hubiera ofrecido reformar la Constitución, el Sr. Zorrilla estaría ya en Tablada.

¿Que con qué autoridad lo discuto? Con la que me dan los once años que lo he defendido, tan desinteresadamente como el que más, y contra todos, hasta contra sus amigos; con la que me ha dado la suerte de intervenir con acierto en diversos asuntos en estos dos últimos años.

Pero no hay que olvidar esto: jamás he sido zorrillista, sino revolucionario; por eso protesté siempre que alguien me aplicó tal dictado. No era adhesión al hombre á quien no conocí ni de vista hasta Diciembre del 89; era amor á la idea que simbolizaba; y flacos de memoria son los que no recuerden que varias veces he escrito: «Si un día perdiera Zorrilla la actitud revolucionaria y Cánovas la adoptara, con Cánovas estaría.»

Mientras creí que, torpe ó acertado en sus actos, quería ir á la revolución, le ayudé; cuando me persuadí de lo contrario, me aparté de él, no sin decirle particularmente las causas; que soy tan leal amigo como enemigo. Desde hoy lo combatiré sin deprimirle, pero sin callar tampoco nada de lo que pueda contribuir al esclarecimiento de la verdad.

¡Ah! sí. Con el mismo empeño y la misma tenacidad que me di á levantar su figura, me dedicaré en adelante á dejarla reducida á sus reales proporciones, por estar firmemente persuadido de que no va á ninguna parte, y que mientras él ocupe ese puesto, nadie osará disputárselo, ni nadie querrá exponer su cabeza por traer la República para que redunde en su exclusivo provecho.

Si; hay que destruir la leyenda, y hay que hacerlo por amor á la revolución. Todos dicen que con el Sr. Zorrilla no hay medio de entenderse; lo mismo

Pi, que Salmerón, que cuantos se han puesto al habla con él. Y siendo esto así, ¿no aconseja el patriotismo averiguar si realmente ese hombre impide que los demás nos entendamos? ¿No debemos dilucidar si tiene derecho á exigir nuevos sacrificios?

Hay además otra razón para hacerlo. Nadie puede negar que en España existen muchos elementos revolucionarios pertenecientes á varios partidos. ¿Los ha buscado el Sr. Zorrilla y los ha dado cohesión para utilizarlos en el momento oportuno? No; mas bien ha impedido que tomen parte en los movimientos, como ocurrió en Badajoz. ¿Es que esos elementos no irían con él? Sí, irían como con cualquiera que fuese á la revolución. Luego ¿qué jefe es ese que no cuenta nunca con el elemento principal en las revoluciones, el pueblo?

Sé que esta labor es ingrata, dura; pero amo mucho á la revolución para no hacer por ella el sacrificio de exponerme á sufrir las censuras apasionadas de los hombres que siguen al Sr. Zorrilla y que irían con él hasta al carlismo, á ser posible que al carlismo fuera.

Después de todo va á resultar que no voy á decir nada nuevo, porque hay muchas personas que están en el secreto de que el Sr. Zorrilla no quiere la revolución, sino un movimiento militar; sólo que se lo dicen al oído, y esto es lo lamentable; pues lo que nos ha perdido y nos pierde y nos perderá es la falta de caracteres.

Todo lo que pueda yo decir del Sr. Zorrilla, por fuerte que sea, no igualará en gravedad á lo que contra él ha dicho el Sr. Pi (yo soy un testigo) y el Sr. Salmerón (á ser cierto lo que me aseguran que dice, que bien pudiera serlo, dado que sin su consentimiento no se hubieran publicado en *La Justicia* aquellas cartas terribles contra el Sr. Zorrilla).

Si he callado desde que ví claro hasta hoy ha sido porque me dolía en el alma combatir un prestigio que he contribuido á mantener; porque quería convencerme de que no me equivocaba, y por aguardar á ver si algún acontecimiento imprevisto me libraba de cumplir este deber penoso; pero el paréntesis abierto á espaldas de la coalición, y que la hirió profundamente cuando era la esperanza más segura de los revolucionarios, hizo me adherirme á la idea de publicar el manifiesto.

Los zorrillistas se subieron á la parrá cuanto supieron que iba á aparecer, y protestaron antes de leerlo; y cuando lo leyeron, encontraron en él cosas que no le habían pasado por las mientes á su autor, y que, por lo tanto, no estaban escritas. Usurpación de jefatura, ataques al Sr. Zorrilla y á los emigrados, todo esto dijeron que contenía, y, ¡vive Dios! que se necesita insigne mala fe, ó estar cegado por el odio, ó querer darse en espectáculo, ó tener deseos de reventar al Sr. Zorrilla ocultando la intención bajo apariencias de celo y lealtad, para leer en el documento esos absurdos.

Con una ligereza incomprensible, hablaron también de dinero recibido y devuelto, cosa que, como dije en el número anterior, callaron siempre los caballeros y se dijeron al oído los revolucionarios.

Voy á admitir en hipótesis que hubiera ocurrido, para preguntar: Y eso, ¿qué probaría? Que los zorrillistas, entre los cuales hay muchos acaudalados, no daban dinero, bien por emular al Caballero de la Tenaza, bien por haber dado ya mucho. En el primer caso quedarían convictos de amar los ochavos más que á la revolución y á su jefe; y en el segundo, podría alguien creerse con derecho á preguntar qué inversión se había dado á tan inmensos recursos, teniendo en cuenta que las insurrecciones militares apenas habían costado nada, y que en preparar y armar al pueblo no se había empleado un real. Y aun cabría hacer este otro argumento: Si los zorrillistas importantes tenían dinero ¿por qué lo buscaron fuera de su partido? Y si no lo tenían ¿para qué le han servido á su jefe, que no ha logrado nunca verlos al frente de las fuerzas sublevadas? ¿Acaso la misión de los hombres que están en primera fila en un partido revolucionario se reduce á formar juntas y comités, felicitar á su jefe el día de su santo y protestar por telégrafo?

¿Que se ha tratado de desbancar al Sr. Zorrilla? ¿Hubiera sido una inocentada hasta el pensarlo en un país donde los partidos son puramente personales; y más pretender anularlo con un manifiesto, sabiendo que sólo habría un medio de conseguirlo: hacer lo que él no ha hecho. De lo que se ha tratado, de lo que se trata y de lo que se tratará es de discutir si sirve ó no para el puesto que ocupa. ¿Sirve? Pues que lo demuestre. ¿No? Pues que lo confiese.

¿Que las revoluciones no pueden hacerse siempre que se desea? Conformes; pero no hemos sido nosotros, sino él y los suyos, quienes las han librado á tantos días fecha. Sin ir más lejos, en el banquete celebrado hace pocos días en París se ha asegurado que la República está en puerta.

Otros se quejan de mi estilo. Pues, ¿qué, ¿no es el de siempre? Bueno ó malo, esto no lo discuto, pero el mismo; el que agradaba tanto á los zorrillistas cuando lo empleaba contra Pi ó Salmerón; el único que juzgaban posible usar cuando el primero de esos señores rompió la coalición del 86, y cuando el segundo se manifestó dolorosamente sorprendido de los sucesos del 19 de Septiembre. Porque eso sí, lo reconozco humildemente; como adularme me han adulado mucho los zorrillistas.

En lo que no han pensado los enfurecidos autores de la protesta es en que nadie creará en adelante en una fuerza de que ellos son los primeros en dudar. Si el Sr. Zorrilla es todo lo que dicen, vale todo lo que aseguran y puede todo lo que afirman, ¿cómo han tocado á rebato al suponer que podían atacarle unos pigmeos? ¿No comprenden que así le adjudican el papel de Goliath y nos permiten pensar en el de David?

Si el Sr. Zorrilla quedara quebrantado en esta inoportuna polémica iniciada por cuatro leales de guardarropía, en su mano estaría alzarse vigoroso y demostrar que nos hemos equivocado los que lo suponemos incapaz de hacer la revolución que el pueblo español necesita para salvarse. Demuéstrelo, y como ante los hechos no hay argumentos, todos, y yo el primero, reconoceremos que nos hemos equivocado. ¡Y con qué gusto! Crea firmemente que deseamos cuanto antes declararnos vencidos.

Pero si esto no se hiciera; si se continuara hablando de generales comprometidos cuando no hubiera ni rancheros, ó pronosticando revoluciones á plazo fijo, ó lanzando bravatas ridículas, ó pactando coaliciones para romperlas con cualquier pretexto, ¡oh! entonces no habría mas remedio que confesar la impotencia, que ponerse á las órdenes de los que defienden la evolución, ó retirarse á la vida privada; y en cuanto al partido, ese partido que el Sr. Zorrilla ha pensado más de una vez en licenciar porque no le servía mas que para jugar á los comités y las juntas, le sería preciso disolverse, yéndose cada individuo donde mejor le pareciera: los revolucionarios con los federales, los más templados con los posibilistas, y con los monárquicos aquellos que conserven aun reminiscencias de sus antiguas aficiones.

La ocasión para el Sr. Zorrilla no puede ser más favorable. Sus partidarios están dando ahora pruebas de gran entusiasmo hacia su persona; exíjales toda suerte de sacrificios, y de fijo que los harán. Y como un partido numeroso y con tal fe en su jefe puede llegar adonde quiera, no tardará tres meses en implantarse la República. Pero eso sí, que el movimiento sea grande, por que sino, ¡á morir los zorrillistas!

Después de lo dicho ¿qué me resta por decir hoy? Muy poco. Suplicar á los zorrillistas que se mantengan en los límites de lo decoroso; que ataquen todo lo duramente que quieran, mas sin descender á ciertos terrenos; que defiendan á su jefe, como es su deber, por más que no siempre lo cumplieran; pero que reserven un poco del entusiasmo, el vigor y la energía que fastuosamente arrojan en las adhesiones, no haga el diablo que llegue otro 19 de Septiembre, y se encuentren agotado el depósito de esas altas cualidades que no tuvo la fortuna ni el consuelo de ver por la estación del Mediodía el heroico brigadier Villacampa.

JOSÉ NAKENS.

ADVERTENCIA

En el próximo número publicaremos el retrato del comandante Ferrándiz, fusilado en Santa Coloma de Farnés.

Van publicados los de los Sres. Ruiz Zorrilla, Pi Margall, Castelar, Salmerón, marqués de Santa Marta, brigadier Villacampa, Figuerola, Carvajal y Cebrián con los sargentos fusilados en Santo Domingo de la Calzada.

Los hay en cartulina que se venden á PESETA. Para los suscriptores á SESENTA céntimos.

OTRA

El lunes próximo pondremos á la venta el Almanaque de EL MOTIN.

Precio: UNA PESETA.

OTRA

El miércoles ó el jueves publicaremos un SUPLEMENTO, gratis para los suscriptores y á CINCO CENTIMOS para los que no lo son.

Imprenta Popular, Plaza del 1.º de Mayo, 4.